

que iba lleno de vicios, sufría más que ninguno de mis condiscípulos los rigores del castigo.

Si mi primer maestro no era para el caso por indulgente, éste lo era ménos por tirano: si aquel era bueno para mandadero de monjas, éste era mejor para cochero ó mandarin de obrajes.

Es un error muy grosero pensar que el temor puede hacernos adelantar en la niñez si es excesivo. Con razon decia Plinio que *el miedo es un maestro muy infiel*. Por milagro acertará en alguna cosa el que la emprenda prevenido del miedo y del terror; el ánimo conturbado, decia Ciceron, no es á propósito para desempeñar sus funciones. Así me sucedia, que cuando iba ó me llevaban á la escuela, ya entraba ocupado de un temor imponderable, con esto mi mano trémula y mi lengua balbuciente ni podia formar un renglon bueno, ni articular una palabra en su lugar. Todo lo erraba, no por falta de aplicacion sino por sobra de miedo. A mis yerros seguian los azotes, á los azotes más miedo, y á más miedo más torpeza en mi mano y en mi lenga, la que me grangeaba más castigo.

En este círculo horroroso de yerros y castigo viví dos meses bajo la dominacion de aquel sátrapa infernal. En este tiempo, ¡qué diligencias no hizo mi madre, obligada de mis quejas, para que mi padre me mudara de escuela! ¡qué disgustos no tuvo! ¡y qué lágrimas no le costó! pero mi padre estaba inexorable, persuadido á que todo era efecto de su consentimiento, no queria en esto condescender con ella, hasta que por fortuna fué un dia á casa de visita un religioso que ya tenia noticia del pan que amasaba el señor maestro susodicho, y ofreciéndose hablar de sus crueldades, peroró mi madre con tanto ahinco, y atestiguó el religioso con tanta solidez á mi favor, que convencido mi padre, se resolvió á ponerme en otra parte, como vereis en el capítulo que sigue.

### CAPITULO III

En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio.

**L**EGO el aplazado dia en que mi padre acompañado del buen religioso determinó ponerme en la tercera escuela. Iba yo cabizbajo, lloroso y lleno de temor, creyendo encontrarne con el segundo tomo del viejo cruel, de cuyo poder me acababan de sacar; sin embargo de que mi padre y el reverendo me ensanchaban el ánimo á cada paso.

Entramos por fin á la nueva escuela; pero, ¡cuál fué mi sorpresa cuando ví lo que no esperaba ni estaba acostumbrado á ver! Era una sala muy espaciosa y aseada, llena de luz y ventilacion, que no embarazaban sus hermosas vidrieras: las pautas y muestras colocadas á trechos, eran sostenidas por unos genios muy graciosos que en la siniestra mano tenian un feston de rosas de la más halagüeña y exquisita pintura. No parece sino que mi maestro habia leído el sabio Blanchard en su *escuela de las costumbres*, y que pretendió realizar los proyectos que apunta dicho sabio en esta parte, porque la sala de la enseñanza rebosaba luz, limpieza, curiosidad y alegría.

Al primer golpe de vista que recibí con el agradable exterior de la escuela, se rebajó notablemente el pavor con que habia entrado, y me serené del todo cuando ví pintada la alegría en los semblantes de los otros niños, de quienes iba á ser compañero.

Mi nuevo maestro no era un viejo adusto y saturnino, segun yo me lo habia figurado; todo lo contrario: era un semijóven como de treinta y dos á treinta y tres años, de un cuerpo delgado y de regu-

lar estatura; vestia decente, al uso del día y mucha limpieza: su cara manifestaba la dulzura de su corazón: su boca era el depósito de una prudente sonrisa: sus ojos vivos y penetrantes inspiraban la confianza y el respeto: en una palabra, este hombre amable parece que habia nacido para dirigir la juventud en sus primeros años.

Luego que mi padre y el religioso se retiraron, me llevó mi maestro al corredor: comenzó á enseñarme las macetas: á preguntarme por las flores que conocia: á hacerme reflexionar sobre la varia hermosura de sus colores, la suavidad de sus aromas y el artificioso mecanismo con que la naturaleza repartia los jugos de la tierra por las ramificaciones de las plantas.

Después me hizo escuchar el dulce canto de varios pintados pajarillos que estaban pendientes en sus jaulitas como los de la sala, y me decia: ¿ves hijo, qué primores encierra la naturaleza, aun en cuatro yerbecitas y unos animalitos que aquí tenemos? Pues esta naturaleza es la ministra del Dios que creemos y adoramos. La mayor maravilla de la naturaleza que te sorprenda, la hizo el Criador con un acto simple de su suprema voluntad. Ese globo de fuego que está sobre nuestras cabezas, que arde sin consumirse muchos miles de años hace, que mantiene sus llamas sin saberse con qué pábulo, que no solo alegra, sino que dá vida al hombre, al bruto, á la planta y á la piedra: ese sol, hijo mio, esa antorcha del día, ese ojo del cielo, esa alma de la naturaleza que con sus benéficos resplandores ha deslumbrado á muchos pueblos, grangeándose adoraciones de deidad, no es otra cosa, para que me entiendas, que un juguete de la soberana Omnipotencia. Considera ahora cuál será el poder, la sabiduría y el amor de este tu gran Dios, pues ese sol que te admira, esos cielos que te alegran, estos pajarillos que te divierten, estas flores que te halagan, este hombre que te enseña y todo cuanto te rodea en la naturaleza, salió de sus divinas manos sin el menor trabajo, con toda perfeccion y destinado á tu servicio. Y qué ¿tú serás tan para poco que no lo conozcas? O ya que lo conozcas ¿serás tan

indigno que no agradezcas tantos favores al Dios que te los ha hecho sin merecerlos? Yo no lo puedo creer de tí. Pues mira: el mejor modo de mostrarse agradecida una persona á su bienhechor, es servirlo en cuanto pueda, no darle ningun disgusto y hacer cuanto le mande. Esto debes practicar con tu Dios, pues es tan bueno. El te manda que le ames y que observes sus mandamientos. En el cuarto de ellos te ordena que obedezcas y respetes á tus padres, y después de ellos á tus superiores, entre los que tienen un lugar muy distinguido tus maestros. Ahora me toca serlo tuyo, y á tí te toca obedecerme como buen discípulo. Yo te debo amar como hijo y enseñarte con dulzura, y tú debes amarme, respetarme y obedecerme lo mismo que á tu padre.

No me tengas miedo, que no soy tu verdugo: trátame con miramiento; pero al mismo tiempo con confianza, considerándome como padre y como amigo.

Acá hay disciplinas, y de alambre, que arrancan los pedazos: hay palmetas, orejas de burro, cormas, grillos y mil cosas feas; pero no las verás muy fácilmente, porque están encerradas en una cobacha. Esos instrumentos horribles que anuncian el dolor y la infamia, no se hicieron para tí ni esos niños que has visto, pues estais criados en cunas no ordinarias, teneis buenos padres, que os han dado muy bella educacion y os han inspirado los mejores sentimientos de virtud, honor y vergüenza, y no creo ni espero que jamás me pongais en el duro caso de usar de tan repugnantes castigos.

El azote, hijo mio, se inventó para castigar afrentando al racional y para avivar la pereza del bruto que carece de razon, pero no para el niño decente y de vergüenza que sabe lo que le importa hacer, y lo que nunca debe ejecutar, no amedrentado por el rigor del castigo, sino obligado por la persuacion de la doctrina y el convencimiento de su propio interés.

Aun los irracionales se docilitan y aprenden con solo la continuacion de la enseñanza, sin necesidad de castigo. ¿Cuántos azotes te

parece que les habré dado á estos pajaritos para hacerlos trinar como los oyes? Ya supondrás que ni uno; porque ni soy capaz de usar tal tiranía, ni los animalitos son bastantes á resistirla. Mi empeño en enseñarlos y su aplicacion en aprender los han acostumbrado á gorgear en el órden que los oyes.

Con que si unas avecitas no necesitan azotes para aprender, un niño como tú, ¿cómo lo habrá menester?..... ¡Jesus! ni pensarlo. ¿Qué dices? ¿me engaño? ¿me amarás? ¿harás lo que te mande?—Sí, señor, le dije, todo enternecido, y le besé la mano, enamorado de su dulce génio. El entónces me abrazó, me llevó á su recámara, me dió unos bizcochitos, me sentó en su cama y me dijo que estuviera allí.

Es increíble lo que domina el corazon humano un carácter dulce y afable, y mas en un superior. El de mi maestro me docilitó tanto con su primera leccion, que siempre lo quise y veneré entrañablemente, y por lo mismo lo obedecía con gusto.

Dieron las doce, me llamó mi maestro á la escuela para que las rezara con los niños: acabamos y luego nos permitió estar saltando y enredando todos en buena compañía, pero á su vista, con cuyo respeto eran nuestros juegos inocentes. Entre tanto fueron llegando los criados y criadas por sus respectivos niños; hasta que llegó la de mi casa y me llevó; pero advertí que mi maestro le volvió el libro que yo tenia para leer, y le dió una esquelita para mi padre, la que se reducía á decirle que llevara yo primeramente los compendios de Fleuri ó Pinton, y cuando ya estuviera bien instruido en aquellos principios, sería útil ponerme en las manos *el Hombre feliz, los Niños célebres, las Recreaciones del hombre sensible*, ú otras obritas semejantes; pero que nunca convenia que yo leyera *Soledades de la vida, las novelas de Sayas, Guerras civiles de Granada, la Historia de Carlo-Magno y Doce pares*, ni otras boberas de estas, que léjos de formar, cooperan á corromper el espíritu de los niños, ó dis-

poniendo su corazon á la lubricidad, ó llenando su cabeza de fábulas, valentías y patrañas ridículas.

Mi padre lo hizo según queria mi maestro, y con tanto más gusto cuanto que conocia que no era nada vulgar.

Dos años estuve en compañía de este hombre amable, y al cabo de ellos salí medianamente aprovechado en los rudimentos de leer, escribir y contar. Mi padre me hizo un vestidito decente el dia que tuve mi exámen público. Se esforzó para darle una buena gala á mi maestro, y en efecto la merecia demasiado. Le dió las debidas gracias, y yo tambien con muchos abrazos, y nos despedimos.

Acaso os habrá hecho fuerza, hijos míos, que habiendo yo sido de tan mal natural por mi educacion física y moral sin culpa, sino por un excesivo amor de mi madre, y habiéndome corrompido mas con el perverso ejemplo de los muchachos de mi primera escuela, hubiera trasformádome en un instante de malo en regular, (porque bueno jamas lo he sido) bajo la direccion de mi verdadero maestro; pero no lo extrañeis porque tanto así puede la buena educacion reglada por un talento superior y una prudencia vigilante, y lo que es mas, por el buen ejemplo que es la pauta sobre que los niños dirigen sus acciones casi siempre.

Así que, cuando tengais hijos, cuidad no solo de instruirlos con buenos consejos, sino de animarlos con buenos ejemplos. Los niños son los monos de los viejos; pero unos monos muy vivos, cuanto ven hacer á sus mayores lo imitan al momento, y por desgracia imitan mejor y mas pronto lo malo que lo bueno. Si el niño os ve rezar, él tambien rezará; pero las más veces con tedio y durmiéndose. No así si os oye hablar palabras torpes é injuriosas: si os advierte iracundos, vengativos, lascivos, ébrios ó jugadores; porque esto lo aprenderá vivamente, advertirá en ello cierta complacencia, y el deseo de satisfacer enteramente sus pasiones lo hará imitar con la mayor proligidad vuestros desarreglos; y entónces vosotros no tendreis cara para reprenderlos, pues ellos os podrán decir: esto nos habeis

enseñado: vosotros habeis sido nuestros maestros, y nada hacemos que no háyamos aprendido de vosotros mismos.

Los cangrejos son unos animalitos que andan de lado; pues como advirtiesen esta deformidad algunos cangrejos civilizados, trataron de que se corrigiera este defecto; pero un cangrejo muchacho dijo; señores, es una torpeza pretender que en nosotros se corrija un vicio que ha crecido con la edad. Lo seguro es instruir á nuestra juventud en el modo de andar derechos, para que enmendando ellos este despilfarro, enseñen despues á sus hijos y se logre desterrar para siempre de nuestra posteridad este maldito modo de andar. Todos los cangrejos *nemine discrepante* (1) celebraron el arbitrio. Encargóse su ejecucion á los cangrejos padres, y éstos con muy buenas razones persuadían á sus hijos á andar derechos; pero los cangrejitos decían *¿á ver como, padres?* Aquí era ello. Se ponian á andar los cangrejos y andaban de lado, contra todos los preceptos que les acababan de dar con la boca. Los cangrejillos, como que es natural, hacian lo que veian y no lo que oian, y de este modo se quedaron andando como siempre. Esta es una fábula respecto á los cangrejos; mas respecto á los hombres es una verdad evidente; porque como dice Séneca: *se hace largo y difícil el camino que conduce á la virtud por los preceptos; breve y eficaz por el ejemplo.*

Así hijos míos, debéis manejaros delante de los vuestros con la mayor circunspeccion, de modo que jamas vean el mal, aunque lo cometais alguna vez por vuestra miseria. Yo, á la verdad, si habeis de ser malos [lo que Dios no permita], mas os quisiera hipócritas que escandalosos delante de mis nietos, pues menos daño recibirán de ver virtudes fingidas, que de aprender vicios descarados. No digo que la hipocresía sea buena ni perdonable; pero del mal el menos.

No solo los cristianos sabemos que nos obliga este buen ejemplo

(1) De comun acuerdo.

que se debe dar á los hijos. Los mismos paganos conocieron esta verdad. Entre otros es digno de notarse Juvenal cuando dice en la Sátira XIV lo que os traduciré al castellano de este modo:

Nada indigno del oido ó de la vista  
El niño observe en vuestra propia casa,  
De la doncella tierna esté muy lejos  
La seducción que la haga no ser casta,  
Y no escuche jamás la voz melosa  
De aquél que se desvela en arruinarla.  
Gran reverencia al niño se le debe,  
Y si á hacer un delito te preparas,  
No desprecies sus años por ser pocos,  
Que la malicia en muchos se adelanta;  
Antes si quieres delinquir, tu niño  
Te debe contener aun cuando no habla,  
Pues tú eres su censor, y tus enojos,  
Por tus ejemplos moverá mañana.  
(Y has de advertir que tu hijo en las costumbres  
Se te ha de parecer como en la cara.)  
Cuando él cometa crímenes horribles  
No perdiendo de vista tus pisadas,  
Tú querrás corregirlo y castigarlo,  
Y llenarás el barrio de alharacas.  
Aun mas harás, si tienes facultades,  
Lo desheredarás lleno de saña;  
¿Pero con qué justicia en ese caso  
La libertad de padre le alegaras  
Cuando tú que eres viejo á su presencia  
Tus mayores maldades no recatas?

Despues que pasaron unos cuantos dias que me dieron en mi casa de asueto y como de gala, se trató de darme destino,

Mi padre, que como os he dicho, era un hombre prudente y miraba las cosas mas allá de la cáscara, considerando que ya era viejo y pobre, queria ponerme á oficio; porque decia que en todo caso mas valia que fuera yo mal oficial que buen vagamundo; mas apenas comunicó su intencion con mi madre, cuando..... ¡Jesus de mi alma! ¡qué aspavientos y qué extremos no hizo la santa señora! Me queria mucho, es verdad; pero su amor estaba mal ordenado. Era muy buena y arreglada; mas estaba llena de vulgaridades. Decia á mi padre: ¡mi hijo á oficio? no lo permita Dios. Qué dijera la gente al ver al hijo de D. Manuel Sarmiento aprendiendo á sastre, pintor, platero ú otra cosa? Qué ha de decir, respondia mi padre, que Don Manuel Sarmiento es un hombre decente, pero pobre, y muy hombre de bien, y no teniendo caudal que dejarle á su hijo, quiere proporcionarle algun arbitrio útil y honesto para que solicite su subsistencia sin sobrecargar á la república de un ocioso mas, y este arbitrio no es otro que un oficio. Esto pueden decir y no otra cosa. No señor, replicaba mi madre toda electrizada: si vd. quiere dar á Pedro algun oficio mecánico, atropellando con su nacimiento, yo no, pues aunque pobre, me acuerdo que por mis venas y por las de mi hijo corre la ilustre sangre de los Ponces, Tagles, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis. Pero, hija, decia mi padre, ¿qué tiene que ver la sangre ilustre de los Ponces, Tagles, Pintos, ni de cuantos colores y alcurnias hay en el mundo, con que tu hijo aprenda un oficio para que se mantenga honradamente, puesto que no tiene ningun vínculo que afiance su subsistencia? ¿Pues qué, instaba mi madre, le parece á vd. bueno que un niño noble sea sastre, pintor, platero, tejedor, ó cosa semejante? Sí, mi alma, respondia mi padre con mucha flema: me parece bueno, y muy bueno, que el niño noble, si es pobre y no tiene proteccion, aprenda cualquier oficio por mecánico que sea, para que no ande mendigando su alimento. Lo que me parece malo es, qua el niño noble ande sin blanca, róto ó muerto de hambre por no tener oficio ni beneficio. Me parece

malo que para buscar que comer, ande de juego en juego, mirando donde se arrastra un muerto (1), donde dibuja una apuesta, ó logra por favor una gurupiada (2). Me parece mas malo que el niño noble ande al medio dia espiando donde van á comer para echarse, como dicen, de apóstol, y yo digo de gorrón ó sinvergüenza, porque los apóstoles solian ir á comer á las casas ajenas despues de convidados y rogados, y estos tunos van sin que los conviden ni les rueguen; antes á trueque de llenar el estómago son el hazme reir de todos, sufren mil desaires, y despues de tanto, permanecen mas pegados que unas sanguijuelas, de suerte que á veces es necesario echarlos noramala con toda claridad. Esto si me parece malo en un noble; y me parece peor que todo lo dicho y malísimo en extremo de la maldad imaginable, que el jóven ocioso, vicioso y pobre ande estafando á este, petardeando á aquel y haciendo á todos las trácalas que puede, hasta quitarse la máscara, dar en ladron público, y parar en un suplicio ignominioso ó en un presidio. Tú has oido decir varias de estas pillerías, y aun has visto algunos cadáveres de estos nobles, muertos á manos de verdugos en esta plaza de México. Tú conociste á otro caballerito noble y muy noble, hijo de una casa solariega, sobrino nada ménos que de un primer ministro y secretario de estado; pero era un hombre vicioso, abandonado y sin destino: [por calavera] consumó sus iniquidades matando á un pobre maromero en la cuesta del Platanillo, camino de Acapulco, por robarle una friolera que habia adquirido á costa de mil trabajos. Cayó en manos de la Acordada, se sentenció á muerte, estuvo en la capilla, lo sacó de ella un virey por respeto del tío, y permanece preso en aquella

(1) Así se llama en los juegos hurtarse una parada á sombra del descuido de su legítimo dueño.

(2) Llamam los jugadores *gurupié* al que ayuda al banquero, montero, etc., á barajar, pagar las apuestas que ganan, recoger las que pierden, etc.—E, E.

cárcel ya hace una porcion de años. (1) Hé aquí el triste cuadro que presenta un hombre noble, vicioso y sin destino. Nada perdió el lustre de su casa por el villano proceder de un deudo pícaro. Si lo hubieran ahorcado, el tío hubiera quedado como quedó, en el candelero; porque así como nadie es sabio por lo que supo su padre, ni valiente por las hazañas que hizo, así tampoco nadie se infama ni se envilece por los pésimos proceder de sus hijos.

He traído á la memoria este caso horrendo, y ¡ojalá no sucedieran otros semejantes! para que veas á lo que está espuesto el noble que fiado en su nobleza no quiere trabajar, aunque sea pobre.

Pero ¿luego ha de dar en un ojo? decía mi madre, luego ha de ser Pedrito tan atroz y malvado como D. N. R? Sí, hijita, respondía mi padre, estando en el mismo predicamento, lo propio tiene Juan que Pedro: es una cosa muy natural, y el milagro fuera que no sucediera del mismo modo, mediando las propias circunstancias. ¿Qué privilegio goza Pedro para que, supuesta su pobreza é inutilidad, no sea también un vicioso y un ladrón, como Juan, y como tantos Juanes que hay en el mundo? ¿Ni qué firma tenemos del Padre Eterno, que nos asegure que nuestro hijo ni se empapará en los vicios, ni correrá la misma suerte de otros sus iguales, mayormente mirándose oprimido de la necesidad, que casi siempre ciega á los hombres y los hace prostituirse á los crímenes mas vergonzosos?

Todo esto está muy bueno, decía mi madre; ¿pero qué dirán sus parientes al verlo con oficio? Nada: ¿qué han de decir? Respondía mi padre; lo mas que dirán es: mi primo el sastre, mi sobrino el platero ó lo que sea: ó tal vez dirán: no tenemos parientes sastres, etc.; y acaso no le volverán á hablar; pero ahora, dime tú: ¿qué le darán sus parientes el día que lo vean sin oficio, muerto de hambre y he-

(1) Siendo virey el conde de Revillagigedo, lo desterró para siempre á las islas Marianas,

cho pedazos? Vamos, ya yo te dije lo que dirían en un caso, dime tú lo que le dirán en el contrario. Puede, decía mi buena madre, puede que lo socorran siquiera porque no los desdore. Ríete de eso, hija, respondía mi padre; como él no los desplatée, poca fuerza les hará que los desdore. Los parientes ricos, por lo comun, tienen un expediente muy ensayado para librarse de un golpe de la vergüencilla que les causan los andrajos de sus parientes pobres, y éste es negarlos por tales redondamente. Desengáñate; si Pedro tuviera alguna buena suerte ó hiciere algun viso en el mundo, no solo lo reconocerán sus verdaderos parientes, sino que se le aparecerán otros mil nuevos, que lo serán lo mismo que el Gran turco, y tendrá continuamente á su lado un enjambre de amigos que no lo dejarán mover; pero si fuere un pobre, como es regular, no contará mas que con el peso que adquiera. Esta es una verdad; pero muy antigua y muy experimentada en el mundo: por eso nuestros viejos dijeron sabiamente, que *no hay mas amigo que Dios, ni mas pariente que un peso*. ¿Tú ves ahora que nos visitan y nos hacen mil espresiones tu tío el capitán, mi sobrino el cura, las primas Delgados, la tía Rivera, mamá Manuela y otros? Pues es porque ven, que aunque pobres, á Dios gracias, no nos falta que comer, y los sirvo en lo que puedo. Por eso nos visitan, por eso y nada mas, creelo. Unos vienen á pedirme prestado, otros á que les saque de este ó aquel empeño, quién á pasar el rato, quién á inquirir los centros de mi casa, y quién á almorzar ó tomar chocolate; pero si yo me muero, como que quedas pobre, verás, verás como se disipan los amigos y los deudos, lo mismo que los mosquitos con la incomodidad del humo. Por estos conocimientos deseara que mi Pedro aprendiera oficio, ya que es pobre, para que no hubiera menester á los suyos ni á los estraños despues de mis días. Y te advierto que muchas veces suelen los hombres hallar mas abrigo entre los segundos, que entre los primeros; mas con todo eso, bueno es atenerse cada uno á su trabajo y á sus arbitrios, y no ser gravoso á nadie.

Tú, medio me aturdes con tantas cosas, decia mi madre; pero lo que veo es que un hidalgo sin oficio es mejor recibido y tratado con mas distincion en cualquiera parte decente, que otro hidalgo sastre, batíhoja, pintor, etc. Ahí está la preocupacion y la vulgaridad, respondia mi padre. Sin oficio puede ser; pero no sin destino ó arbitrio honesto. A un empleado en una oficina, á un militar ó cosa semejante, le harán mejor tratamiento que á un sastre ó á cualquiera otro oficial mecánico, y muy bien hecho: razon es que las gentes se distinguan; pero al sastre y aun al zapatero, lo estimarán mas en todas partes, que no al hidalgo tuno, ocioso, trapiendo y petardista, que es lo que quiero que no sea mi hijo. A mas de esto, ¿quién te ha dicho que los oficios envilecen á nadie? Lo que envilece son las malas acciones, la mala conducta y la mala educacion. ¿Se dará destino mas vil que guardar puercos? Pues esto no embarazó para que un Sixto V fuera pontífice de la Iglesia católica.....

Pero esta disputa paró en lo que leereis en el capítulo IV.

#### CAPITULO IV.

En el que PERIQUILLO da razon en qué paró la conversacion de sus padres, y del resultado que tuvo, y fué que lo pusieron á estudiar, y los progresos que hizo.

**M**I madre, sin embargo de lo dicho, se opuso de pié firme á que se me diera oficio, insistiendo en que me pusiera mi padre en el colegio. Su merced le decia: no seas cándida; y si á Pedro no le inclinan los estudios, ó no tiene disposicion para ellos, ¿no será una barbaridad dirigirlo por donde no le gusta? Es

la mayor simpleza de muchos padres pretender tener á pura fuerza un hijo letrado ó eclesiástico, aun cuando no sea de su vocacion, tal carrera, ni tenga talento á propósito para las letras: causa funesta, cuyos perniciosos efectos se lloran diariamente en tantos abogados firmones (1) médicos asesinos, y eclesiásticos ignorantes y relajados, como advertimos.

Todavía para dar oficio á los niños es menester consultar su génio y constitucion física, porque el que es bueno para sastre ó pintor, no lo será para herrero ó carpintero, oficios que piden, á más de inclinacion, disposicion de cuerpo y unas robustas fuerzas.

No todos los hombres han nacido útiles para todo. Unos son buenos para las letras, y no generalmente, pues el que es bueno para teólogo, no lo será para médico; y el que será un excelente físico, acaso será un abogado de á docena, si no le examina el génio; y así de todos los letrados. Otros son buenos para las armas é ineptos para el comercio. Otros excelentes para el comercio y topos para las letras. Otros, por último, aptísimos para las artes liberales, y negados para las mecánicas, y así de cuantos hombres hay.

En efecto, hombres generales y á propósito para todas las ciencias y artes se consideran, ó como fenómenos de la naturaleza, ó como testimonios de la Omnipotencia Divina, que pueda hacer cuanto quiera.

Sin embargo, yo creo firmemente que estos *omniscios*, que una que otra vez ha celebrado el mundo, han sido solo unos mónstruos [si puede decirse así] de entendimiento, de aplicacion y de memoria, y han admirado á las generaciones por cuanto han adquirido el conocimiento de muchas mas ciencias que el comun de los sabios sus coe-

(1) Se llaman así á los abogados que teniendo pocos negocios en sus bufetes, ocurren á los oficios de los escribanos, y antiguamente á los bancos de los procuradores, á poner su firma por cuatro reales, ó un peso, en los escritos, que segun las leyes, no podian correr sin este requisito.—E. B.